

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Un mes. 4 rs.
Tres meses. 11

EN PROVINCIAS.

Tres meses, en la administracion. . . 14
Seis meses, en la misma. 26
Tres meses, por comisionado. 15
Seis meses, por comisionado. 28
ESTRANJERO: tres meses. 30
ULTRAMAR: seis meses. 3 pfs.



SE SUSCRIBE:

En Madrid, en la administracion, calle de la Ballesta, núm. 6, y en las principales librerías.
En provincias, por medio de carta franca á la administracion, ó en las casas de los comisionados de FIGARO.
En el extranjero y Ultramar en las principales librerías.

SE PUBLICA:

Los Martes y los Viérnes.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Calle de la Ballesta, núm. 6.

No se sirve suscripcion alguna cuyo importe no se reciba con el aviso en libranzas ó sellos.
La correspondencia, al director de FIGARO.

FIGARO

PERIÓDICO CRÍTICO FESTIVO.

CONVERSACIONES LITERARIAS.

CANTARES..... Ó CANTAZOS.

Cuando el español canta.....

O rabia ó no tiene blanca el español en estos días que atravesamos, si se ha de creer al proverbio castellano.

Nunca mayor lechigada de cantares ha caído sobre lo que se llama la patria literaria, de modo que voy creyendo en que el proverbio encierra una gran verdad: que no hay como estar *tronado* á todos los diablos del infierno el nublado de cantarcitos que, ya en forma de cuartetos, ya en el de seguidillas, se nos ha venido encima.

Antes solo era permitido hacer cantares á los Homeros de callejuela, á Perico el ciego, verbi gratia, ó á ese poeta desconocido y anónimo que se llama el pueblo.

Los cantares festivos, los *macarrónicos*, los libertinos ó obscenos salían de la musa beoda y chocarrera de los trovadores de guitarra, á dos cuartos la pieza.

Los cantares morales, filosóficos, profundos, los de amores, los de costumbres, los religiosos, los que eran producto del sentimiento, nacían no se sabe dónde: en las aldeas, durante las noches de mayo, las veladas del invierno, ó las deliciosas mañanas del verano; en el mar, al compás de los remos, ó al azotar de la vela de la barca pescadora.

Los cantares picarescos, ¿por qué no he de confesarlo? eran míos y de mis compañeros y discípulos. La bacía; aquella bacía dorada que colgaba al viento, por tarde y mañana; aquella bacía que ya se ha perdido, convertida acaso en yelmo de Mambrino no sé por qué desconocido Quijote; aquella bacía, sépanlo ustedes, tiene sus tradiciones y sus glorias literarias: las glorias de los cantares picarescos.

Hoy ¡da vergüenza decirlo! todo el mundo hace cantares, menos quien siempre los ha hecho; menos el pueblo. Hoy hace cantares el poeta de las odas y las elegías, el autor dramático, el romancero.

Pindaro hace coplas.

¿Pindaro he dicho? Pongan ustedes al margen Estrada.

¡Y qué coplas! ¡Y qué cantares! Pedradas son, cantazos, que no otra cosa, los que todos los días nos regalan, en varias formas, en dosis mas ó menos grandes, los rimadores españoles de oficio.

Ya cantando la nariz de Sebastiana; ya la ceja derecha de Ruperta; ya el rabo del ojo de Aniceta; ya la beruga de Mónica; ora filosofando sobre el moquillo de un perro, sobre el esparaban de un caballo, ó sobre la sarna del mismo autor; mas tarde, echándola de patético y sentimental, teorizando acerca de la pasión y de la infidelidad de cualquiera pollita insustancial, ó tal otra fregatriz impudibunda, el coplero del día es feroz; á veces, me parece abominable.

Teníamos nosotros el sentido madrigal para las composiciones cortas de amores; el delicado epigrama para la sátira ligera y festiva, para la censura breve de un vicio y para dar forma poética y mas gracia al chiste; el romance quevedesco para la sucesión de varios chistes sobre un mismo asunto, ó para la prolongación del epigrama; y hasta habíamos traído de fuera, de Alemania nada menos, la balada de Heine, para los pensamientos fantásticos ó tenebrosos.

Pero desde que nos hemos entregado en cuerpo y alma á la liviandad de los cantares, desde que coplamos en cuatro ó siete versos jados madrigales, epigramas, romances y baladas!

Y yo creo que de todo tiene la culpa D. Pascasio Lizarbe.

¿No se acuerdan ustedes del fundador de los fósforos de Cascante? ¿Y de aquellas cajas poéticas que, durante mucho tiempo, eclipsaron á las fosforeras de toda España. y aun de toda Europa, y á los copleros de toda Castilla?

La emulación hace prodigios; la envidia enciende en el corazón fuegos extraños y produce resultados que nadie espera. Lizarbe, D. Pascasio Lizarbe, el de Cascante, el fosforero, ha sido el verdadero padre de esta pollada de autorcitos de cantares, que se nos ha venido con las alforjas llenas y la mollera vacía.

Un hombre de mucho ingenio, escritor distinguido, tuvo hace algunos años la plausible idea de coleccionar los cantares, las coplas populares, las anónimas expresiones de las tristezas y de las alegrías de nuestro pueblo, y Dios sabe con qué trabajo llevó á cabo su obra, altamente meritoria para las letras.

El libro que contiene el variado repertorio de la poesía popular salió á luz; pero ¿cuándo?

Cuando ya las inteligencias de reflejo, los eunucos literarios, habían inundado la prensa periódica y las librerías con la imitación de los cantares del vulgo; y la colección de Lafuente Alcázar, que á esta me refiero, se terminó cuando ya el desprestigio de las coplas era grande, y cuando estaba todo el mundo ahito de cantares hueros y sin sustancia.

¡Es fuerte cosa que, no ha de poder una inteligencia elevada realizar un pensamiento, por grande que sea, sin que al instante no salgan tras de ella

trescientos monos haciendo
trescientas mil monerías;
todo un Tetuan de imitadores groseros é inverecundos!

Y á todo esto, el pueblo,

se encuentra sin saber cuáles son las coplas que ha compuesto, cuáles le pertenecen, cuáles inspiraron á su inerudita imaginación el dolor ó los placeres.

Creo que no se atreve á cantar, que ya no improvisa por miedo á los poetastros que le copian; á él, inimitable en la sencillez, en la profundidad, en el encanto, en las imágenes, en la bazarria de los can-

tares, en lo espiritual y fantaseador de los pensamientos de sus coplas.

Francamente, al llegar aquí no puedo no dar rienda á mi entusiasmo, quizá un poco egoísta, porque sigo reclamando para la clase, para los barberos, gran parte de la gloria del coplero español.

La verdad es que todas las costumbres populares, que todas las bellezas características de los hábitos y de la manera de ser del pueblo desaparecen, cuando quizá no sucede lo mismo con sus deformidades y sus vicios.

La civilización, la cultura liman las partes salientes en la superficie moral de los pueblos; las redondean y pulen; pero como siempre se ha dicho, y con mucha exactitud, que el vicio es duro como el diamante, y cual cera blanda la virtud, ésta se deshace rápidamente mientras que aquel se resiste al trabajo roedor de la lima civilizadora.

Los trovos y cantares, las coplas de origen popular se van. La beneficencia oficial que recoge, en mas ó menos cómodos establecimientos, á los antiguos trovadores de los barrios bajos, ha echado por tierra el reinado de la guitarra: el obscuro Perico es la degradada personificación de la copla y el cantor madrileño.

Así como la bota francesa destronó á la española galga, y el ya viejo *casabet*, padre de la moderna *marinera*, acabó con el imperio del *pañuelo de talle*, así los cafés-teatros dan fin de los últimos vergonzosos restos del baile nacional, y los poetillas de cantares entonados y pretenciosos de los improvisadores oscuros de la gran literatura popular. Séale la tierra ligera.

Por fortuna, se ha recogido á tiempo y de ella quedará memoria.

Para su triunfo completo, yo quemaría sobre la tumba de los cantares del pueblo los cantares eruditos, y escribiría encima la siguiente copla gitana:

Quieres ponerte conmigo,
le dijo el tiempo al querer;
esa soberbia que tienes
yo te la castigaré.

UN LIBRO PARTICULAR.

«Hagan bien para hacer bien por el alma del ajusticiado.»

Existe en Madrid y su parroquia de Santa Cruz una obra, inédita, en cuatro tomos, curiosa é instructiva como ninguna de las que la prensa volcó sobre el mundo.

Para el que posea el arte difícil de leer lo que hay entre renglones, ese libro, único quizás en Europa, es la historia mas interesante ó instructiva, la obra mas profunda, el estudio psicológico y patológico mas variado que se ha escrito.

Dejémonos de enigmas. El libro á que nos referimos se titula: *Libro particular de ajusticiados*, y es el mismo que los señores mayordomos de la Santa Cofradía de la

Paz y Caridad dispusieron abrir en 1687, para que en él constasen los nombres de todos los reos ejecutados en la capital de España, á quien la dicha Cofradía hubiese asistido en sus últimos momentos. En él se insertan todos los particulares referentes á cada justicia; el nombre del reo, mencion de la causa, extracto de la sentencia, cantidad de la limosna recogida por los cofrades para hacer bien por su alma, atender á sus últimos momentos y cumplir la voluntad testamentaria; la cárcel de donde procede y la fecha, sitio y circunstancias de la ejecucion.

Dia vendrá en que algun sábio médico ó moralista se apodere de ese libro para formar con los preciosos elementos estadísticos que contiene un estudio fundamental sobre las miserias de la naturaleza humana. Nosotros, que ni somos sábios, ni médicos, ni moralistas, y que no conocemos ese libro sino por la noticia, que, en su preciosa Memoria histórica del piadoso instituto de la Real Archicofradía de Caridad y Paz, suministra el secretario de la misma, D. Mariano de la Lama y Noriega, no nos proponemos otro objeto mas que el de esponer su interés histórico y dramático, dejando á otros que saquen las deducciones trascendentales á que se presta.

Comienza el libro, como hemos dicho, en 1687 y continúa sin interrupcion hasta nuestros dias, consignando en sus páginas, en ese espacio de 160 años, las noticias relativas á mil y treinta y cuatro hermanos ajusticiados.

Porque es de advertir que la Real Archicofradía de Paz y Caridad consta de dos clases de *hermanos*. Unos, que pudiéramos llamar *sedentarios*, son personas piadosas, pacíficas, caritativas, que truecan por amor de Dios y del prójimo el dulce cuadro de la familia y de la tranquilidad doméstica por el espectáculo triste y aterrador de los últimos momentos y ejecucion de un reo de muerte. Otros, que pudiéramos llamar *hermanos transeuntes*, son, con pocas escepciones, el reverso de la medalla: gente sin casa ni familia, ó lo peor de cada casa, enemigos de la paz propia y la ajena y fanáticos del principio de que la caridad comienza y acaba en uno mismo.

Estos dos *hermanos*, tan diferentes en caracteres y conducta, viven separados toda la vida, y no se reunen y reconcilian sino cuando las fechorías del hijo pródigo son tales que no se borran con matar una ternera, sino que le traen á él al trance poco grato de pagar con su vida la sangre que derramó. Entonces, el hermano bueno y piadoso se acerca á él, le consuela, le conforta, le habla de Dios y de la otra vida, y se echa á la calle con una caja y una campanilla para pedir limosna con que darle cristiana sepultura, decir misas por su alma y amparar á su familia.

Si fuera posible comparar, individuo por individuo y caso por caso, la vida de estos dos *hermanos*, ningun estudio mas profundamente moral é interesante; pero el primero no aparece en la *Memoria* que nos suministra estas noticias, sino con el carácter de *cofrade*, y habremos de renunciar á la comparacion. Baste saber que, á diferencia de lo que ha acontecido no pocas veces con

ese otro *hermano*, que asiste tambien al reo en sus últimos momentos y le abraza y le besa antes de ponerle el corbatin y apretárselo, no hay noticia de que ningun cofrade *sedentario* haya concluido trocando este carácter por el de *transeunte*; cosa que no puede decirse de ese otro, que á fuerza de sentar en el banquillo al prójimo, concluye á veces por confundir los papeles y sentarse él mismo para que hagan con él lo que él tiene por oficio hacer en los demás.

El origen y objeto de la Real Archicofradía son múltiples, y seria prolijo narrarlos. Ellos demuestran que la Caridad es antiquísima y nobilísima en España, aunque la Paz no lo sea tanto; como que ya en 1421, reinando en Castilla D. Juan el II, vemos aparecer en la iglesia por él edificada en el *Campo del Rey*, al occidente del régio alcázar, una cofradía encargada del culto de la Inmaculada Concepcion, juntamente con el cuidado de asistir, consolar y dar sepultura eclesiástica á *cuantos morian por la justicia* y á los desamparados que exhalaban su último suspiro en las calles de Madrid. Desde entonces hasta ahora, la Cofradía, bendecida por los pontífices, honrada y protegida por los monarcas, asistida con bulas, indulgencias, privilegios y donativos, popular y respetada, ha seguido ejerciendo su santo encargo, y atendiendo á otros objetos caritativos, hoy encomendados á diversas corporaciones.

¿Quién no ha oído de niño hablar de la Paz y Caridad, narrar el poder escepcional de que se halla revestida de arrancar á la muerte el reo que por accidente vió interrumpida su ejecucion?

Por desgracia, ese poder y otros dramáticos caracteres de la Archicofradía no son mas que la parte de leyenda que forzosamente debia tener una institucion tan antigua.

El Sr. de la Lama y Noriega troncha en flor mas de una novela patibularia, y pronuncia sentencia de falsedad contra mas de una que corre escrita, manifestando que la Paz y Caridad no tiene las facultades que la imaginacion popular la atribuye; que solo la Corona disfruta la prerogativa de perdonar al reo; que no la está permitido oficialmente ni aun presentar solicitudes de indulto, y que en tal ó cual caso en que se rompió la cuerda por lo mas delgado, cayendo á un tiempo al suelo el ejecutor y el ajusticiado, si los cofrades intentaron salvar á este gritando: *Aquí de la Iglesia, aquí del Papa*, su intervencion no surtió el menor efecto, porque quedó el caso reducido á sustituir una cuerda deshilada con otra nueva y bien tejida, que prestó su servicio de un modo irreprochable.

Otra ilusion que nos arrebató el señor de la Lama y Noriega es la de que el reo puesto en capilla tiene derecho á que la Archicofradía satisfaga todos sus antojos gastronómicos, como si fuera su padrino de boda ó anfitrión en una partida de campo.

La simple razon nos decia que no podia ser esto; porque si al hermano *transeunte* se le antojaba pedir cotufas en el golfo, es decir, esterletes del Volga, pastel Perigord

dudosa de cierto escudero, que vivia junto á la Cárcel de la villa, en el frente de las Platerías, y que de continuo ofreciale buena fortuna y notable arrimo, si fuese servido de servirla con su amor; como las mozas levantiscas que asentaban en la casa del licenciado de la Cadena, hácia la Cava de la Puerta del Sol, y que por su condicion estaban á merced de todo pasajero, siempre que hubiese algunos reales en su bolsa.

Blasa le queria; pero Diego era ignorante de la voluntad de la corcoba, bien que hubiese observado que ésta le distinguía de sus otros camaradas de telar, que le miraba con sus grandes ojos negros, y que cuando tornaba del convento de Santa Clara, á donde tambien la hija del pañero solia hacer sus visitas, traíale algun regalillo, y dabásele, á escondidas de maese Anton. Y hasta vido en una ocasion Diego cómo la enamorada Blasilla mordió prestamente en un pedacito de cierta empanada con que le regaló, y que es manera discreta y decorosa que de besarse tienen los que bien se quieren, porque así ponen los labios en un sitio mesmo, y porque en trazas tales son maestros y doctores.

Aconteció, pues, como digo, que Diego llegó á donde la jibosa estabase viendo pasar á toda la gentileza de Madrid.

—¿Guárte Dios, Blasica! la dijo el mancebo.

—Y á tí, Diego, mil años, replicó la corcoba, á quien desde que vido al jóven se le coloreó la faz.

—¿Esperas? preguntó Diego.

—¿A quién hé yo de esperar, si no es la muerte? respondió en tono melancólico la pañera.

—Esa todos la aguardamos, Blasa, díjola Diego, medio riendo. Pero entre tanto que llega ese natural fin de todos los humanos, tú ¿otra cosa no aguardas?

La hija de Anton miró al menestral una breve pieza, fijos los ojos, entreabiertos y temblándole los labios. Parecía decirle: «A tí aguardo, y tú no vienes.» Al cabo, conmovida la voz, respondió:

—Eso que tú piensas que espero, Diego, no es para mí, á

ó caza de las estepas de Rusia, como la que ahora está en moda, está claro que la Cofradía se habia de ver apurada, por falta de tiempo y de fondos; pero allanábamos esa dificultad diciendo, que no todos los *hermanos transeuntes* han leído á Brillat Savarin, ó han frecuentado el restaurant de Lhardy, y que sus caprichos, no pasarian de una tortilla con jamon ó de una perdiz á la catalana; exigencias que están al alcance de la mas modesta cofradía.

Veíamos tambien en esa costumbre epicúrea cierta poesia, un contraste pintoresco y hasta un rasgo de previsor espíritu de igualdad que nos la recomendaban. El reo se convertia á nuestros ojos en un Sardanápalo ó Baltasar en pequeño; la muerte luchaba con la naturaleza viva, y, en fin, el que tal vez en su vida no habia disfrutado el placer de probar el jamon de Westfalia ó el pavo trufado, ni aun en el *buffet* de alguna fiesta pública ó privada salia del mundo con la satisfaccion de haber borrado esa desigualdad entre su infortunada persona y las de tantos caballeros particulares, que se ponen cada dia y cada noche en peligro de muerte por la pasion con que se arrojan sobre las mesas del *buffet* en bailes, saraos y solemnidades.

El capitulo 21 de las Constituciones de la Archicofradía y sus ordenanzas no dejan duda: *la comida debe ser decente, moderada y suficiente, sin profusion*.

En verdad que, despues de haber leído este precepto, se admira uno cada vez mas de que haya quien se deje ahorcar.

Pero sigamos con la materia, que aun no hemos espuerto todo cuanto de interés contiene.

UN PAR DE PRIVILEGIOS

Hace tres ó cuatro dias he leído en un periódico de la corte:

«Han obtenido privilegio los Sres. Nueda, de Madrid, en favor de un nuevo método de urnas fúnebres de zinc.»

Leer esto, y caerseme el periódico de las manos todo fué uno. Yo que habia creído siempre que ante la muerte somos todos iguales, que mas allá de la vida no hay privilegios, sufrí un terrible desengaño. Los señores Nueda, de Madrid, esos desniveladores crueles del hombre muerto, esos inventores de las urnas privilegiadas, me han arrebatado la postrera de mis ilusiones.

Ya no me quiero morir. ¿Para qué? Yo esperaba ser allí igual á todos; ni mas que los otros, ni menos que nadie: despues de esta desigualdad en que vivimos los que vivimos, es la mayor de las crueldades que la desigualdad se prolongue mas, y que en desigualdad vivan los que mueren.

¡Abajo los privilegios de la muerte! ¡Abajo los privilegios de las urnas fúnebres!

Despues del descubrimiento que acabo de hacer, ¿qué es la muerte sino el pretesto, el motivo aparente de la vida?

Si la muerte no es el rasero de las criaturas, ¿qué

quien Dios hizo harto infeliz; guárdase para esas damas que miras, hermosas y gallardas, no para la que está lisiada como yo, y es fea y la mofa de todos. Vé ahí, Diego, cómo yo no aguardo, si no es la muerte.

Pesóle de lo dicho al aprendiz de pañero, porque el acento de la mozueta ponia tristeza en su ánimo, y porque como á hermana la queria sintiendo por tal sus penas y dolores. Mas prontamente repuesto,

—¡Vaya, vaya! añadió. Pintan ciego á amor, y éslo en efeto. ¿Quién será osado á decir: «en tal mujer pondré mi voluntad?»

—¿Y habrá quien la ponga en mí, Diego? preguntó nuevamente Blasa.

—Si tú quisieras.... repuso el mozo entre confuso y arriscado.

La sangre subiósele al rostro á la jarobada. Estuvo para hablar en dos ó tres veces, pero no pudo. Fué el mancebo quien siguió diciendo:

—Si tú quisieras, Blasa, no habria de faltarte algun mozo honrado, que te acetase honestamente por esposa suya, que no es la gentileza en la mujer sola causa de ventura: antes creo que la hermosura en la casa aumenta el cuidado y es aguijón al recelo y á la duda, con que se pierde la paz y no se alcanza sueño tranquilo. ¿Y qué es vivir entre temores, dormir con sobresalto y traer siempre á la oreja la sospacha por único ruido, y á los ojos inquietud y desasosiego por sola recreacion y divertimento? Dígotte en verdad, Blasica, que es de mas precio la mujer honesta y recatada, hacendosa, limpia, buena cristiana, puesto que la naturaleza haya privado su cuerpo y cara de bienes de hermosura, que la mujer hermosa, señuelo y atractivo del desocupado, anzuelo del poderoso, objeto final del que galantear há por oficio, y peligro constante para la honra del marido.

—Mas que con todo eso que razones, díjole Blasa, no hay quien se atreva á mi corcoba, ¡ni tú mesmo que tan bien lo parlas! ¡Mas que no hay mozo honrado que quiera ser la burla de toda la villa casando con la hija de maese Prieto! ... ¡Mas que tú no lo quieres tampoco, Diego!....

El aprendiz de pañero asombróse del brillo y resplandor de los

FOLLETIN.

CUENTOS DE VIEJAS,

POR
FEDERICO VILLALVA.

MAL DE OJO.

II.

Con el tiempo vino á ser el huerfano un mancebo dulce como unas mieles, gallardo como un caballero, limpio como un enamorado y hermoso como el favorecido de aquella diosa de la belleza, á quien ya entonces comenzaban de cantar los poetas de concepto. Queríanle todos, y mas que todos Blasica; y ya éste le daba un sayuelo, ya el otro una caperuza nueva, ya aquel dineros para un par de zapatos, ya la misma jibosilla haciale unas medias calzas de punto de lana morada, ya maese Anton se corria con un buen pedazo de raja á manera de segoviana para una capilla; con todo lo cual iba el mozo harto galán, que á mas de tres doncellas hacia tornar los ojos y aun el entendimiento, cuando acompañaba á Mari-Soto hasta el convento de Santa Clara, en donde la pañera tenia una parienta profesa, que tambien regalaba á Diego con el medio pastel, ó el platico de conserva, ó los buenos albarcoques de la huerta del convento; tal enamoraba aun á las santas madres del monesterio.

Mas para Diego tanto daban las doncellas de la señora condesa de Lemus, que moraba allí cercana á la casa de Prieto, las que solian llamarle como por truco y yerro para que algo las galantease, puesto que luego se burlaran dél; como la mujer

otra cosa será que otro aspecto, otra forma nueva de la vida?

Yo sabía que el dinero da derechos al otro lado de la tumba, dije mal, en la tumba misma; sabía que, por unos cuantos escudos, el que se muere puede estar solo, en una casa, un poco estrecha, es cierto, pero casa al fin, y propia, y sin luz, y sin moscas; sabía que, por otros cuantos escudos, se va el hombre al mundo de la verdad con acompañamiento de piporros, bajos y bajoncillos, y repique de campanas; sabía que una larga herencia, si quita penas á los que se quedan, ; sabía todo esto, y sé muchas cosas mas. Pero hasta ahora, hasta el advenimiento de los señores Nueda, de Madrid, no había sonado en mi oído la fatal palabra *privilegio* aplicada á las cosas de la otra vida.

Estos señores Nueda, de Madrid, son atroces con su urna fúnebre de zinc del nuevo modelo.

De manera, que si mañana, por un capricho, me entran ganas de morirme, y despues de muerto, se me ocurre meterme en una urna de zinc, me podrá suceder, ¿qué digo podrá? me sucederá de cierto un perance.

Vendrán los señores Nueda, de Madrid, al olor de la carne muerta, como los cuervos y otras alimañas bipedadas; y en cuanto distingan el color plumizo de mi urna,

—¡Nos escamamos! dirán; aquí hay fraude; aquí hay un difunto que atenta contra nuestros interesss.

Y se pondrán á mirar, por arriba y por abajo, mi estrecha cárcel metálica; y no satisfechos con la inspeccion exterior, abrirán, sacrilegos, el funerario escondite, y buscarán con ojos de codicia las señales todas y las particularidades del mortuorio aparato, hasta convencerse de que es ó no el modelo privilegiado, el de mi caja.

Si lo último, no me dejarán en paz sin discutir antes y comparar su invento con el mio. Si lo primero, ¿quién duda de que pondrán el grito en el cielo, y de que exigirán de mí el justo resarcimiento de daños y perjuicios?

—Fuera de ahí, me gritarán; intruso, plagario, falsificador; largo de ahí, mal difunto!

Y yo callaré como un muerto, diciendo á lo sumo para mi sudario:

—Gritad, gritad, que hasta que yo me mueva de donde estoy....

Pero ¡ay! que de nada me servirá murmurar con voz desmayada y baja, como Durandarte en la cueva de Montesinos:

—¡Paciencia y barajar!

—¡Barajar y paciencia!

—¿Qué hemos de hacer?

¿Tiene esto sentido comun?

ojos de Blasca. Ciertamente que otros mas lindos no se encontrarían en toda la villa, y tal decían amor, y de tal suerte hablaban al alma, que Dieguillo, cuya natur il simplicidad y inocencia no entendían lo que en el corazon de la muchacha acontecia, sintióse turbado y aun inquieto con aquella plática. Bien conocía haber mucho de verdad en lo dicho por la jibosa; pero representábasele tan al vivo la bondad y la dulzura de aquellos ojos, que nada mas que ellos vido, y no la corcoba, ni lo descomunal de la boca, que poblaban dientes negros y desordenados, ni la enhiesta nariz, cuyos dos agujeros enfrentaban á la cara como los ojos de una puente moruna. De otra parte, ¿por qué la mofa al desposado con la pañerica? ¿No es el hombre libre de su voluntad para casarse ó no á su antojo? ¿No hay quien sirve á damas matusales por la codicia de algunos miles de ducados, lo que cierto merece reprension y aun castigo, sin que al marido den vaya ni de la mujer se burlen? Esto revolvía en su aturrido cerebro Diego, quel á la postre dijo á Blasca:

—Mal piensas, hermana, de los mancebos del día, y mal de mí. Yo fuera sin vergüenza y sin temor marido tuyo, y á honra y ventura lo tendria, y de mí no se mofara la villa; y puesto caso que lo hiciera, tanto peor para la villa.

Con lo cual Diego enseñaba el puño cerrado en muestra de amenaza.

Acertó en esto á pasar por la puerta de la casa del pañero una doncella de buen aire y porte, bien prendida y chapinada, con un rostro, que tales no los vido en sus tentaciones el glorioso San Antonio Abad. Y la corcobada:

—Dígame, dijo á Diego con presteza: si entre esa doncella y mi hubieras de elegir, ¿á quién de tu voluntad eligieras?

—A tí, contestóla el mancebo, que seguía turbado por los ojos de Blasca.

—¿Lo juras? preguntó la rapaza.

—Júrolo por mi salvacion, contestó Diego.

Y de aquí la extraordinaria alegría de Blasca, cuando entró en el corral en que sus padres de ella mesma platicaban.

El mismo periódico que daba la noticia del privilegio fúnebre, publicaba esta otra:

«Se ha concedido privilegio de introduccion á D. Victor Combi, de Madrid, para establecer lavaderos cubiertos con el título de *Lavaderos del Lozoya*.»

Vamos por partes.

Parte primera.

Parte segunda.

Parte tercera.

Parte cuarta.

Ultima parte.

¿Se concederá á D. Victor Combi, de Madrid, privilegio de introduccion para establecer lavaderos?

Pero entonces, ¿qué introduce el privilegiado? ¿los lavaderos? ¿de dónde? ¿va á traer por ferro-carril ó en barco de vapor los lavaderos?

¿Introduce por casualidad el Lozoya? ¡Qué atrocidad!

Como no se le introduzca al autor del párrafo que contiene la noticia del privilegio, yo no sé para qué quiere D. Victor Combi, de Madrid, el Lozoya y sus lavaderos cubiertos.

Hermosísimos enigmas,
¿cómo sois, que no os entiendo?

DICHOS Y HECHOS.

Se ha publicado un libro de cierto señor Obleman, en el que se trata de un sábio, que pensó en descubrir la manera de vivir sin comer, y que, á la postre, haciendo probaturas se murió de hambre.

¡Miren que novedad!

En España, en donde los sábios no abundan, se intentó lo propio, y nalie ha escrito un libro para contar el suceso.

Todo el mundo sabe lo que pasó con el caballo de Brihuega: quiso vivir sin comer, y cuando ya se iba acostumbrando, se murió.

Esto prueba cuán poca diferencia puede haber entre un caballo y un sábio.

El otro día se me olvidó decir á Vds., lectoras de mi alma y de mi vida, que el baile aquel de las faldas cortas de que he hablado se verificó en París, conforme al programa.

Y ¿saben Vds. lo que sucedió? Que había muchos pies grandes y accidentados. Que había cada juanete como una patata gallega; que había pies redondos por la punta, y cuadrados por el centro, y puntiagudos por el talon: en fin, que aquello era una desdicha de pies; que allí los pies, puestos de pié, hubieran sido

III.

Conocido había Anton Prieto, y no era menester para ello ser graduado en Salamanca, por do iban las aguas de la enfermedad de su hija, y así fué como dejando decir y maravillarse á Mari-Soto, brincaba y reía á todo su placer, que no parecia sino que en la flota le venia la herencia de un tio perulero; hasta que, tomando sobre sus rodillas á la corcobada,

—¡Bendito el Señor sea, dijo, que me recompensa la misericordia que tuve há diez años con aquel herfanico, por donde vuelvo hoy el contento á mi casa y la paz á mi cansada vejez!

Aun menos comprendía la pañera á su marido; pero Blasca, como mas despierta, que siempre los corcobados fueron diestros y entendidos, púsose al cabo de las exclamaciones de su padre, y juntando los manos y mirando á Anton, díjole:

—¿Verdad, padre, que Dios es bueno y con él ha venido la bendicion sobre vos, mi madre y vuestra hija?

—Para mi santiguada, murmuró Mari-Soto, que así os entiendo como si habláseis en tudesco. ¿Querreisme decir qué senifica toda esa alegría, y qué bienes hánnos llovido del cielo con ese mozo al cabo de los años que nos sirve?

—¡Torpe que eres! contestóla el gozoso Prieto. Pues no viste que Diego y Blasca se tienen bonísima voluntad; que él es mancebo juicioso, prudente y honrado; que ella será muy mujer de su casa y hacienda, y que á la postre, cuando nos llame Dios á vos, mujer, y á mí, no iremos á su presenacia con el dolor de que nuestra hija queda desamparada y sola!

—¡Que Diego quiere á la rapaza! dijo en son de duda la pañera.

—Diego, repuso Anton, no puede sino quererla, que héle yo dado segunda vez la vida, y agradece el bien. Demás de que, darle cuatro mil ducados y la casa del arrabal de la Santa Cruz y un telar, conque seguro tiene su provecho y fortuna.

Y como su madre menease la cabeza en señal de disentir con el pañero, Blasca contó lo que habíala acontecido con Dieguillo en la puerta de la casa.

—¡Que tal te ha jurado! dijo maese Prieto así que Blasca puso término á su relacion.

mas altos que las personas, y que, en fin, segun escribia un poeta del siglo XVII, eran

Pies mas largos que ocho dias;
poco dije: pies de un mes,
pies de un año, pies de un siglo,
y siempre jamás, amen.

Como era de esperar, la falda corta llevó la peor parte contra la cola.

¡Ay! ¡Si se hubiera presentado en el baile una division de pies madrileños que yo conozco!

Se me ocurre una pregunta:

¿Cómo ciertas mujeres son tan *lijeras* teniendo piés tan grandes?

Hace tres ó cuatro dias que llueve en la mayor parte de las provincias de España. Esta noticia no lo es, porque todos saben que cuando cae agua del cielo es que llueve.

La lluvia fecunda los campos á medias con el sol, y como hasta ahora el sol había trabajado mucho y la lluvia poco ó nada, los campos estaban perdidos.

Esta noticia tampoco lo es, porque los precios del pan la habían dado á las familias mucho antes que yo.

La lluvia de estos dias nos ha traído la esperanza de que la cosecha se mejore en algo, y en algo se remedia la escasez.

Pero esto tampoco es noticia, porque nadie hay que ignore que cuando los labradores piden agua y llueve, mejoran las cosechas.

Y entonces, nada he dicho.

Una prueba de que los tiempos no andan buenos, y que el dinero se fugó de entre nosotros nos da el juego de la lotería.

Antes, «La Correspondencia», esa bachillera incansable de nuestros dias, nos contaba en cada sorteo á quién había caído el premio grande de la lotería moderna, cuántas divisiones y subdivisiones se habían hecho del billete favorecido, y qué número de cesantes, mozos de café, viudas de intendentes y militares habían cogido un pellizeo de la suerte.

Ahora, se pasan los meses sin que sepamos la clase y número de los afortunados, lo que dice bien claro que no los hay, porque naddie juega.

Y, sin embargo, las ilusiones, las esperanzas no menguan. Quizá con las mayores necesidades, con la mayor miseria, se fundan y levantan mas castillos en el aire.

Ayer, sin ir mas lejos, hallábase Figaro en una tertulia en donde no se habló de otra cosa que de fortunas inesperadas. Cuatro jóvenes, que en el dia anterior habían conseguido cobrar no sé qué cuenta ó cuentas atrasadas, habíanse arriesgado á comprar un billete para el próximo sorteo de la lotería.

—¿Qué haríamos, se preguntaban, si nos cayese el premio grande?

—Yo compraria tierras y me retiraria á cultivarlas, contestaba el uno.

—Yo lo invertiria en papel del Estado, ó lo daria á préstamos con buen interés ó hipotecas, decia el otro.

—Yo lo gastaria en un mes, añadia el tercero.

Entre tanto el cuarto permanecia grave, reflexivo y sin decir una palabra.

—Vamos, le preguntaron sus compañeros, ¿qué harias de tu parte?

Y él, sonriendo tristemente,

—Lo que sucede siempre en tales casos, contestó.

—Y bien?.....

—Yo haria ingratos!

Yo me pirro por las Memorias de juntas, sociedades y corporaciones.

Recientemente he leído una de la asociacion general de ganaderos, en la que el presidente propone la libertad de introduccion de las carnes muertas en las grandes poblaciones.

La cosa, así como suena, es un poco fuerte.

—Como lo oistes, padre, añadió la corcobada.

—¿Y qué decís agora, mujer mía? preguntó el pañero.

—Lo mesmo digo, respondió Mari-Soto. Venir han granles males sobre nuestra hija por el tal casamiento que quereis.

—Pues se hará, mas que os pese, repuso Prieto, y presto.

Bien que Anton ni su hija no tuviesen por malo el casamiento de ésta con el aprendiz de pañero, los agüeros de la madre pusieron así como tristeza en sus ánimos, y nada mas volvióse á hablar, hasta que tornó Diego de la casa de Tello Jaraba, en cuyo punto, por ser ya las doce, pusieron á comer todos, sin mas palabra.

IV.

En la tarde de aquel mesmo dia, maese Prieto llamó á su aprendiz, hizole colgarse la capilla, y con mesurado paso tomaron ambos por la Cava de San Miguel el camino de la Puerta Cerrada, salieron por ella, que aun no estaba derruida en aquel entonces, traspusieron luego la Cava de San Francisco, y por entre el hospital de doña Beatriz Galindo, la Latina, y la ermita de San Millán, á do se alzaba el viejo portillo de Toledo, dieron consigo en la dehesa de la Encomienda, y en un bodegon de los muchos que por allí había, en que era fama que se aderezaba un salpicon de vaca y se guisaban unas manos de lo mismo, que bien pudieran figurar en la mesa del señor duque del Infantazgo, y aun en la de S. M. C. el señor rey don Felipe.

Asieron gentilmente sendas medias fuentes de Talavera, la una henchida de salpicon y la otra con dos grandes pedazos de atun salado, con mas dos jarros de vino de la tierra, blanco y tinto, y el necesario pan de Valdecas, y fueron á tender sobre la yerba y dar cuenta de aquellas provisiones, con no poca envidia de algun hidalguelo de capa corta, que acaso para dos cuartos de una de vaca que despachara al medio dia llevada aun entre los labios una pajilla como para limpiar lo que no hubo y en seña de ahito.

(Se continuará.)

El teatro del Príncipe se ha puesto la *levita* para terminar la temporada.

Ha hecho bien en arrojarse á última hora, porque el frío arreciaba en aquel desdichado coliseo.

Don Manuel Catalina se marcha á Barcelona con parte de la compañía.

Buen viaje, y bota larga, como se suele decir;
allá vayas y no vuelvas,
choricero ingerto en abate,
según dice, en una cosa que quiere ser versos, cierto antiguo sainete.

Hace pocos días se ha casado el príncipe heredero del reino de Italia, como Vds. saben, con su prima la princesa Margarita.

El día 30 de abril hicieron los recién casados la entrada solemne en Florencia, capital de aquel reino, y después de las ceremonias oficiales, el príncipe Humberto y su joven esposa salieron por la población, en carretela descubierta y sin acompañamiento, con objeto de hacer algunas obras de caridad, propias del día.

En una calle de Florencia, la multitud que aclamaba al futuro rey de Italia hizo detenerse al carruaje, y entonces una pareja de jóvenes campesinos de los alrededores de Fiesole se encontró casualmente junto á la portezuela del coche.

—Princesa, dijo la *contadina* á la hermosa recién casada, ¿no es cierto que si yo tuviese un niño al mismo tiempo que vos, le concederíais una pensión para toda la vida?

La princesa se sonrió, respondiendo afirmativamente.

—¿Lo oyes? repuso la campesina, dirigiéndose á su marido. le llamaremos Humberto.

Se dice que se rebajará pronto el precio de la carne, porque con las lluvias han mejorado mucho los pastos y ha crecido considerablemente el *verde*.

A muchos conozco yo que se alegran de este suceso; es decir: del crecimiento del *verde*. Hay colores simpáticos.

Pasaba ayer FIGARO, muy ensimismado y distraído, por una de las calles más céntricas de esta bendita población, en que tanta gente se esfuerza por justificar su título de «Villa del Oso», cuando hete aquí que se topa con un señor, muy puesto de frac y corbata blanca, que le entrega, con cierto aire de misterio y sin pronunciar una palabra, un papelillo impreso, que comienza por las siguientes:

MANIFIESTO
á los madrileños.

Hora es ya de que....»

—Caballero, exclama FIGARO apartando sus ojos del papel, que quiere devolver á su presunto interlocutor; caballero, Vd. se ha equivocado; yo no quiero leer, ni aun admitir esta clase de escritos; porque esto es, sin duda, una....

—Un *prosperto* en que anunciamos nuestros géneros, y cuando Vd. *haiga* leído, interrumpo el caballero... repartidor, haciendo ver á FIGARO que no siempre es académico de la Española el que se cuelga un frac negro y se ata una corbata blanca, y que puede muy bien un comerciante anunciar que vende pantalones muy baratos, empezando por decir que ya es hora de que.... los venda, sin duda.

¡Qué miradal (*continuación*)! ¡qué mirada aquella! Cuando FIGARO se metió en la cama y apagó la luz, creyóse libre de la influencia de los ojos que en él se fijaron la noche de la *soirée* histórica; mas al través de los velos de la oscuridad y dibujándose en una imagen de fuego vió nuevamente....

Nuevamente vió FIGARO la mirada que al alma robó la tranquilidad, al corazón la dicha, la lucidez á la cabeza y el reposo á todo el cuerpo.

Un estremecimiento galvánico recorrió todo su ser; parecía como que aquellos ojos tenían alas de murciélago y revoloteaban en torno de su almohada. Era una vez su mirada melancólica, como de poeta romántico; satírica otras, como de crítico sin lectores, médico sin pacientes, ó actor sin auditorio; ora amenazadora, como de casero atrabiliario ó diputado desahuciado; ora suplicante, á guisa de colaborador á periódicos, aficionado á la literatura ó pretendiente de algo; ya tierna y dulce, á lo luna de miel, ó hosca ó indiferente, como de cónyuges al año de matrimonio.

¡Y aquellos ojos avanzaban! ¡avanzaban!

Avanzaban al paso gimnástico de los cazadores de Madrid ó de los zuavos.

Momentos de desesperación.

FIGARO, que no se encuentra en disposición de desempeñar el papel del héroe por fuerza, cerró los ojos.

Y para ahuyentar el miedo, ó la prudencia, que dijo el otro, comenzó á pensar en varias cosas:
en que la gente se muere;
en que el lujo toma proporciones colosales;
en que nadie quiere trabajar y todos desean vivir á lo millonario;

en que hay pocos colegios y muchas plazas de toros;
y mujeres revocadas como las casas;
y añadidas y remendadas como trapo viejo;

y en Shakespeare, cuando dijo qué talento debería tener el que reconociera á su propio padre;
y en los traductores de comedias y novelas al por mayor;
en los empresarios y editores al por menor;
en los que tienen la incalificable costumbre de hablar alto ó tararear cuando se representa ó se canta en el teatro;
en los que demuestran una educación descuidada, usando en público de un lenguaje obsceno;
en los que mienten historias inverosímiles ayudados por la calumnia,
y por último, en los ingleses.

Pensando en los ingleses, FIGARO recordó la por siempre famosa *batalla* de Magdala, y soltó una carejada homérica.

—Estamos vengados; si los inglesotes desconocen nuestro país y sus cosas, nosotros les pagamos en la misma moneda. Nosotros que, sin ton ni son, sacamos á relucir á Inglaterra, la *liberal*, la *ilustrada*, el *habeas corpus*, la *magna carta*, el derecho de asilo y otros escasos, nosotros hemos celebrado la epopeya de los tiempos modernos, la expedición á la Abisinia.

Figúrase por un momento que se pronuncia el alcalde de Mostoles ó de Titulcia, y que el gobierno envía la guarnición de Madrid á parar los golpes de los garrotes de aquellos malévolos habitantes, y tendreis una idea de lo que ha sido la victoria de Magdala.

Pero esto no es exacto: en Mostoles y en Titulcia, la gente anda vestida y tiene casas de cal y canto, mientras que los habitantes de Abisinia andan tan ligeros de ropa como Adán, menos la hoja de higuera.

Rectifiquemos:

Cuenta la historia que Teodoros usaba camisa.

Esta camisa fué blanca antes de la expedición, pero á la llegada de los ingleses, la régia túnica había pasado por todos los colores del arco iris, hasta convertirse en el color del cuerpo del monarca.

Es decir, la camisa era negra.

Las armas de esta nación poderosa correspondían á sus trajes, y como unas y otras eran sus *edificios*.

Los héroes de Magdala (los ingleses), sin dinero, sin ejército y sin recursos lograron dar cima á tan alta empresa.

Reconozcamos el mérito y....

¡La miradal! ¡Otra vez la miradal! ¡Qué ojos, Dios mío, qué ojos!

Un sudor frío inunda el cuerpo de FIGARO.

El silencio de las tumbas reina por do quiera.

Dan las doce de la noche.

De repente....

(Se continuará.)

Mi colega y homónimo FIGARO nos da una noticia funesta, es decir, funesta para los aficionados al divino arte del canto.

La Patti ha verificado al fin su matrimonio civil con el marqués de Causse, y aguarda para celebrar el religioso y terminar con él la novela de su amor á que den fin los compromisos artísticos que tiene contraidos con varias empresas.

¡Afortunado marqués, si es cierta la noticia de mi tocayo! En adelante, la *diva* será para él solamente; para él y nadie más cantará, pensando racional y honradamente, porque no supongo que después de casada, vuelva á presentarse en público la Patti.

Recuerdo el entusiasmo que Adelina ha causado cantando conmigo, con FIGARO, y no puedo menos de condolerme al pensar en el matrimonio de la futura marquesa de Causse.

Pero si al cabo no sale cierto lo que dice FIGARO francés, ya no voy á creer jamás, aunque la vea con nietos, que Adelina Patti se ha casado.

En el teatro de Hércules, en Sevilla, por los años del 40 al 43, ocurrió cierta noche que, no recordamos por qué causa, tuvo, uno de los actores *aficionados* de la compañía que salir á anunciar al público una variación forzosa en el programa.

O era verano, ó hacia en la sala mucho calor; ello es que el actor salió á cumplir su ingrata comision en mangas de camisa.

—¡Eso es faltar al decoro! ¡dentro ese picaro! gritó el público ofendido en su dignidad.

Retiróse el aficionado y volvió á salir, esta vez vestido, pero con un casaca tan disforme y estragante y tan mal llevado por quien no tenía costumbre de usar tales prendas, que el público, en cuanto le echó la vista encima, comenzó á reír, gruñir y silbar.

—¡Fuera el *tío Lila*! gritaban; ¿quién le ha prestado esa funda? Es poco violon para ese estuche.

Avergonzado el actor, volvió á meterse entre bastidores, y volvió á salir; esta vez con una levita flamante, con la que no hacia muy mala figura.

Una parte del público aplaudió; pero en estas idas y venidas la opinion habia variado, y otra parte muy numerosa irritada por el modo con que se trataba á aquel pobre hombre, comenzó á gritar:

—¡Es una tiranía! ¡fuera la *levosa*! ¡que se ponga en mangas de camisa!

Y el aficionado tuvo que quitarse la levita.

No sabemos como acabó la funcion; pero este caso es reproducción exacta de lo que acontece en nuestras luchas políticas y sociales. Un incidente, un hecho insignificante sirve para dividir en bandos al público; fíjase la atención en él, olvidanse las ideas y los hechos importantes y se pelea para hacer vestirse al autor que salió en mangas de camisa, ó por que se ponga en mangas de camisa el que salió de levita.

Dos diarios extranjeros publican la causa formada en Viena á la baronesa Julia Ebergény, canonesa de Brunn por mas señas, acusada de haber envenenado á la condesa Chorinsky para casarse con su marido, de quien aquella señora vivia separada, y con quien la Ebergény mantenía antiguas relaciones.

Esta causa tiene alguna semejanza con la de Mme. Frigard, la envenenadora de Fontainebleau, sentenciada el año último en París; pero se diferencia de ella en que la *baronesa* se parece á la Folleville en el carácter y *circunstancias*, y en que no ha mostrado la astucia y la calma que la Frigard en el interrogatorio. Además, anda el amor de por medio y él hace la causa mas dramática.

La baronesa y canonesa Julia Ebergény ha sido condenada á veinte años de reclusion. La causa del conde Chorinsky, su cómplice, se verá pronto en Munich.

¡Qué lástima que el Sr. Escosura sea académico de la Española!

Como no puede ser repicar y andar en la procesion, es decir, ser juez y parte, aljudicar un premio y premiarse á sí propio (aunque esto se ha visto), el Sr. Escosura no puede recibir los *mil duros* ofrecidos por la Academia al autor de la *mejor novela de costumbres contemporáneas*; y eso que la novela existe, que el señor Escosura la ha escrito, con el título de *Memorias de un coronel retirado*, y que la *Revista de España* la está publicando.

A los primeros capítulos les hallábamos el defecto que un personaje de no recordamos qué comedia de Alejandro Dumas á un soneto acerca del cual le preguntan su opinion: «eran demasiado cortos»; ó por lo menos, la *Revista* publicaba la obra en dosis tan hammanianas, que no permitían saborear sus bellezas. En los últimos números se ha enmendado, y el lector puede sacar sustancia de la narración rápida, animada, viva, elegante, llena de detalles curiosos y pintorescos de los últimos años del reinado de Fernando VII.

Lescura, el protagonista, piensa, habla y obra como un joven y un militar; los retratos de mujeres están pintados *con amore*, y en la última entrega aparece un *abate* Rioso que da gana de meterlo bajo un fanal, y conservarlo como muestra acabada de un tipo que ha desaparecido.

El Sr. Escosura es siempre joven: su rica imaginación no ha pasado de los veinte años; las *Memorias de un coronel retirado*, parecen efectivamente escritas por un alférez de la Guardia real.

Algo recuerdan el *Patriarca del Valle*; pero, hasta ahora, no aparecen Matusalenes místicos, ni pastorcitos, no hay nada de sobrenatural; Lescura, la condesa de Roca-Umbria, el Brigadier, la duquesa de Calanda y el *abate* Rioso, son personas de carne y hueso, á diferencia de las figuras de carton que se espandan en casa de Manini, y da gusto de verlas moverse con tanta naturalidad como gracia y decoro.

¡Qué lástima para el bolsillo del Sr. Escosura que el autor de esa novela sea académico!

FIGARO, que, como ya habrán Vds. tenido ocasión de observar, es hombre curioso y dado al estudio de nuestras costumbres, se ha entretenido muchas veces en admirar, porque de admiración es digna la cosa, con cuánta facilidad se distrae de su trabajo el obrero español, y aun mas el empleado.

Un día tuvo la paciencia de tomar nota de todas las causas de distracción que observó en unos trabajadores, no dice cuál, y obtuvo el resultado siguiente:

Los trabajadores hablaron:

1.º De la caza en general, y de los pajaritos á que cada cual en particular habia dado muerte desde los primeros años.

2.º De los hambres y los vinos que convienen mejor á las partidas de campo, y de las estaciones mas á propósito para ellas.

3.º De sus respectivos paises, de los sitios amenos que existen en los alrededores de los pueblos de cada uno, y de las giras á que habian asistido.

4.º De las conquistas que en ellas hicieron.

5.º Silbaron ó tararearon piezas de música incomprensibles, para abismarse de este modo en recuerdos amorosos.

6.º Volvieron á hablar de las mujeres; cada cual defendió á sus paisanas.

7.º La cuestion de las mujeres produjo un manoteo general, bastante parecido á una lucha.

8.º El ejercicio les hizo sudar, y tuvieron que sentarse, limpiarse el sudor, y luego pedir sendos vasos de agua con azucarillos.

9.º Se reunieron todos junto al balcón para ver á una mosca que pugnaba por pasar á través de los cristales.

10. Salieron cada uno tres veces á visitar á amigos suyos de otras dependencias. Entraron diez amigos diferentes, que procedían tambien de otras dependencias.

11. Buscaron, durante media hora cada cual, el uno cierto periódico que no existia; el otro un objeto que le habia escondido por juego el tercero, y éste una palabra que no está en el diccionario.

12. Juraron en una proporcion de treinta veces por hora.

13. Hicieron señas á unas vecinas de la casa de enfrente.

14. Murmuraron de los principales.

15. Hicieron castillos en el aire acerca de sus esperanzas de tener mas sueldo.

16. Miraron la hora con intervalos de quince minutos.

17. Fumaron, en las cinco horas de trabajo, dos puros y diez cigarrillos de papel por cabeza.

El resto del tiempo lo pasaron preparándose á trabajar.

No cuenta FIGARO el espacio que consagraron á la política.

RECTIFICACION.—Al final del segundo artículo sobre «Las Revistas críticas», publicado en el número 9.º de FIGARO, incurrimos en una errata, que conviene rectificar, diciendo que no era empresa «inferior» á las fuerzas de los Sres. Cánovas, Lorenzana, etc., la de llenar el hueco que la muerte ha causado en la república literaria, cuando nuestra intencion fué decir, «que no era empresa superior á, etc.»

De otros errores, anomalías, finales bruscos de artículos y soluciones de continuidad que advertirán de cuando en cuando nuestros lectores, no debe hacerse á FIGARO responsable, porque no es él quien da la *última mano* á su tocado.

Ningun barbero se afeita solo.

MADRID, 1868.—Editor responsable, D. Antonio Andrés Babi.—Imprenta de Manuel Aliacar, Travesía de la Ballesta, 7, bajo.